

se vió acechado por sus enemigos, de los cuales Dios siempre le libró.

Fr. Ignacio Espinoza de los Monteros escribió en 1756 un elogio fúnebre del capitán que nos ocupa, y en él encomia de una manera digna las virtudes y proezas de este grande hombre, llamado con justicia por el Virrey Marqués de las Amarillas: "El restaurador del reyno."

Querétaro habrá tenido en épocas posteriores, hombres valientes y útiles, no cabe duda; pero uno en quién se viesen hermanadas la rectitud á la justicia, la severidad á la prudencia, el valor á la sagacidad y la energía á la religiosidad, no se ha dado el caso; al ménos, las crónicas no refieren otro igual.

LVIII.

El Número 7.

Desde aquella misma noche
No volvieron los vecinos
A mirar apariciones
Ni á escuchar tristes gemidos.

V. RIVA PALACIO Y J. DE D. PEZA.

LOS conventos de la Cruz y el del Pueblito, extramuros de esta ciudad, fueron célebres por el sinúmero de hijos ilustres que les dieron renombre ya por su ciencia, ya por su virtud ó ya por ambas cosas, pasando no pocos á mejor vida en olor de santidad, después de haber dejado tras sí una estela de beneficios á su paso por el mundo.

En estos conventos fué donde pasaron las escenas que la tradición nos ha legado; leyendas que

pasan por verídicas según afirman los contemporáneos de aquella época.

Corrían los años de 1842 á 43 cuando aun las ordenes religiosas gozaban de su fuero y llevaban su vida monástica, tal y como la habían establecido sus fundadores.

Era entónces guardián del convento del Pueblito el M. R. P. Fr. Ildefonso Arreguy, varón justo de acendrada virtud y observancia. (1)

Costumbre era que toda la comunidad, desde el religioso mas respetado hasta el donado mas inferior, nombraban al Guardián con el título de "Benedícite" tanto en ausencia como en presencia.

Todas las noches despues que se dejaba oír la triste voz del religioso que le tocara en turno cantar por el claustro la fúnebre plegaria elevada al Eterno por el descanso de las almas de los religiosos finados, solían reunirse tres ó cuatro de los principales y mas antigüos padres, en el último descanso de la escalera principal al pie de la campana, con objeto de conversar un corto tiempo, mientras se tocaba á refectorio.

Siguiendo esta costumbre, se encontraban reunidos en dicho lugar los citados padres, la noche del 7 de Agosto 1842, y viendo que faltaba "Benedícite," que era también de los de aquella reunion, juzgaron conveniente ir á su celda que era la marcada con el número 7; pues aunque debía habitar la guardianal, nunca lo hizo por su habitual humildad.

Temiendo se hubiese enfermado súbitamente, se

(1) Murió en opinión de varón justo y observantísimo de su regla.

acercaron á su celda como llevamos dicho, y acercando el P. Fr. Rafaél Luque el oído á la chapa de la puerta, oyó perfectamente que "Benedícite" hablaba en voz alta con alguna persona.

Pasado un interválo de silencio, oyó que con voz clara decía: "No, hombre, no puedo ya te digo que no puedo" y seguía articulando palabras incoherentes ininteligibles.

Consultaron los padres entre sí, sobre quien podría ser la persona con quien hablaba; supuesto que á nadie se había visto entrar. Por último resolvieron entrar á ver, temiendo no fuera á sucederle una desgracia como en otro tiempo pasó al Provincial del convento grande de San Francisco, con el relojero Manuel de la Carrera.

Se decidió por unanimidad que el P. Luque entrara á ver de que se trataba, lo cual verificó luego cautelosamente.

No bien había entrado, cuando vió caer á "Benedícite", privado de sus sentidos.

Entraron los demás religiosos, y le prodigaron sus atenciones no sin quedar perplejos y espantados al ver que no había nadie dentro, mas que "Benedícite."

Por muchos días perdió la razón. Se le llevó para el convento de la Cruz y por espacio de muchos días se le vió sentado al pie de la palma que existe en la huerta, contemplando el espacio, siendo su tema dominante la inmensidad y atrocidad de las penas del Purgatorio.

Pasó tiempo, recobró enteramente sus sentidos; pero jamás quizo revelar con quien hablaba esa noche.

Las tradiciones del convento traían una leyenda sobre los espantos del P. Ramírez, religioso que fué del mismo convento, y el cual recién muerto, todas las noches venía á espantar á la comunidad, porque decían que andaba en pena; y como desde esa noche cesaran los espantos, ruidos y demás, creen que "Benedícite" lo sacó de penas confesándolo.

La leyenda del P. Ramírez fué admitida como cierta no sólo por la comunidad, sino por todo el vecindario que conoció y supo apreciar las virtudes del P. Arréguy, y conoció también al P. Ramírez y supo su clase de vida que llevaba en el convento; y de aquí que á pié en juntillas se creyó generalmente que esa noche, "Benedícite" confesaba á una alma del otro mundo, y que esta fué del P. Ramírez.

LIX.

El Señor de la Portada.

Un siglo va más ó menos
Que aconteció este suceso,
Dando origen á una fiesta
Que celebra este convento
De Agustinos religiosos
Siendo del arte un portento.

Es la sin par maravilla
 Descollando entre los templos,
 Que hermosean nuestra ciudad
 Honra y gloria de arquitectos;
 Orgullo de esta provincia
 Y admiración de extranjeros.

En lazos indisolubles
 De amistad la más estrecha,
 Vivían con los misioneros
 Los padres deste convento;
 Razón por la cual hacíanse.
 Sus visitas de etiqueta.

En el Colegio Apostólico
 Y en una visita de estas,
 Se encontraba el provincial
 Hablando de sobremesa
 Con aquellos religiosos
 De Dios y de su grandeza.

Cuando el grave religioso
 Y Guardián de aquel convento,
 Refirió que cierta duda
 Tenía desde mucho tiempo,
 La cual quería esclarecer.
 Relativa á este convento

Mencionar antes yo debo
 Que la fachada del templo,
 Es obra acabada de arte
 En la ciudad sin ejemplo
 Y entre las muchas estatuas
 Que colocó el arquitecto,

Llamado de la portada
 Se ve un Cristo muy perfecto (1).

Mas volviendo al religioso
 De la duda, dicho llevo,
 Que al reverendo agustino
 Detalló precisa luego,
 Refiriendo que á deshora
 Poco después de la queda,
 Una antorcha luminosa
 Observaba de su celda,
 Que por estar en altura
 Veíala clara y perfecta
 Centelleando noche á noche
 Junto á la imagen aquella.

El provincial agustino
 Quedóse de estupor lleno,
 Y de asombro henchido vióse
 Tal maravilla en oyendo
 De labios de aquel crucífero
 Que no dudó darles crédito;
 Pues jamás ninguna luz
 Había dispuesto ponerle,
 Al santo Cristo aludido
 Ornamento simplemente.

Y ansioso sobresaltado
 Volvióse luego al convento,
 A sus colegas y hermanos

(1) Icazbalceta, en el Tomo XVIII de la Biblioteca de Autores mexicanos, publicada por el Lic. D. Victoriano Agüeros, refiere que había en esta ciudad una imagen titulada El Cristo de la Puerta, y como no conocemos otro, creemos que hace referencia á esta misma imagen.

El suceso refiriendo,
Proponiéndose aclararlo
Otro día en amaneciendo.

La del alba aún no llegaba
Y en las afueras del templo,
Se veían todos los padres
Sabedores del suceso,
Observando minuciosos
La fachada de cantera
Sin encontrar ni remota
Alguna señal siquiera,
Que algún tiempo allí cercano
Algún farol sostuviera,
Que alumbrara al santo Cristo
Ornato de aquella iglesia.

Mas no cesó aquí la historia;
Pues aquel Provincial celoso,
Vuelve á la noche siguiente
Hacia el Colegio Apostólico,
Y situándose en la celda
Del misionero dudoso,
Admira la maravilla
De aquel hecho prodigioso;
E inspirado por aquello
Proveyendo al día siguiente,
Puso al lado de la imagen
Un farol de luz ardiente,
Que desde entonces ahora
Se observa constantemente;
Y no agotando su celo
Esta pequeñez, ferviente

Celebra función muy régia
Tal como hoy de solemne.

De esta manera esta imagen
Dió á conocer á este pueblo,
Su voluntad á que luego
Así culto se le diese,
Consolando y protegiendo
A quien á él acudiese.

Lo que al principio creyóse
Capricho del arquitecto,
De renombre convirtiéndose
En imagen del convento
Venerada de agustinos
A causa de este portento.

Tal es ¡oh lector amigo!
Del Cristo aquesta leyenda,
De la portada llamado
Por estar sobre la puerta;
Socorro pronto y amparo
De quien á él se encomienda.

LX.

Memorias de un insurgente.

Primero su caudal después la vida
Sacrificó por su nación querida,
Y en pago de su afecto y heroísmo
La negra ingratitud, el egoísmo.

EL nombre de una de las primeras víctimas de
nuestra independencia, como dice un reco-